

La gran aventura de las escuelas de Ligaflojo

Texto: Sandra Gómez Rey

Ilustraciones: Guillem Escriche



A medio camino entre Pilotino y Tambour, al borde de unas grandes montañas nevadas, había Ligaflojo, un pueblo lo suficientemente grande como para acoger dos escuelas, y al mismo tiempo, lo suficientemente pequeño como para no dar cabida a más de un patio. En Ligaflojo sólo había un patio, y los niños de las dos escuelas tenían que compartirlo. Era un patio extraño porque no era cuadrado, ni tenía forma definida para jugar a pelota. Tampoco había gradas para sentarse, observar y descansar.

Aunque no era cuadrado, los niños y niñas de la escuela Liga utilizaban el patio para jugar partidos de fútbol y de baloncesto, para jugar a policías y ladrones, para saltar a la cuerda, para jugar a la rayuela o para hacer el pino. Los de la escuela Flojo salían al patio con otro espíritu. Cada uno de los niños y niñas de la escuela tomaba su silla de la clase y la sacaba al patio. Se sentaban y se ponían a jugar con las consolas portátiles, los móviles y las tabletas. Todos juntos y acurrucados en el medio del patio donde tocaba un ápice de sol durante las mañanas de frío glacial, que eran todas las mañanas del año.

Ligaflojo era un pueblo de las montañas profundas y nevadas de las tierras perdidas del Norte Supremo, y nunca hacía calor.

Un solo patio y dos maneras diferentes y opuestas de usarlo. Los niños de Flojo, sentados con sus sillas en medio del patio, obstaculizaban los partidos de pelota y las carreras de los niños y niñas de la escuela Liga. Por su parte, los chicos de Liga chutaban fuerte, y la pelota caía sobre las consolas portátiles, los móviles y las tabletas de los de Flojo. Más de uno de esos aparatos había caído al suelo y se había roto en pedazos.

Los niños y niñas de las dos escuelas estaban muy mal avenidos. Algunos gritaban a los demás hasta quedarse afónicos y decían cosas muy graves. Antes de pactar cómo usar el patio o repartirse el espacio, todos hubieran preferido levantar una valla por todo el perímetro del patio y poner un candado en la puerta, y luego tirar la llave por un precipicio de nieve y hielo profundísimo.

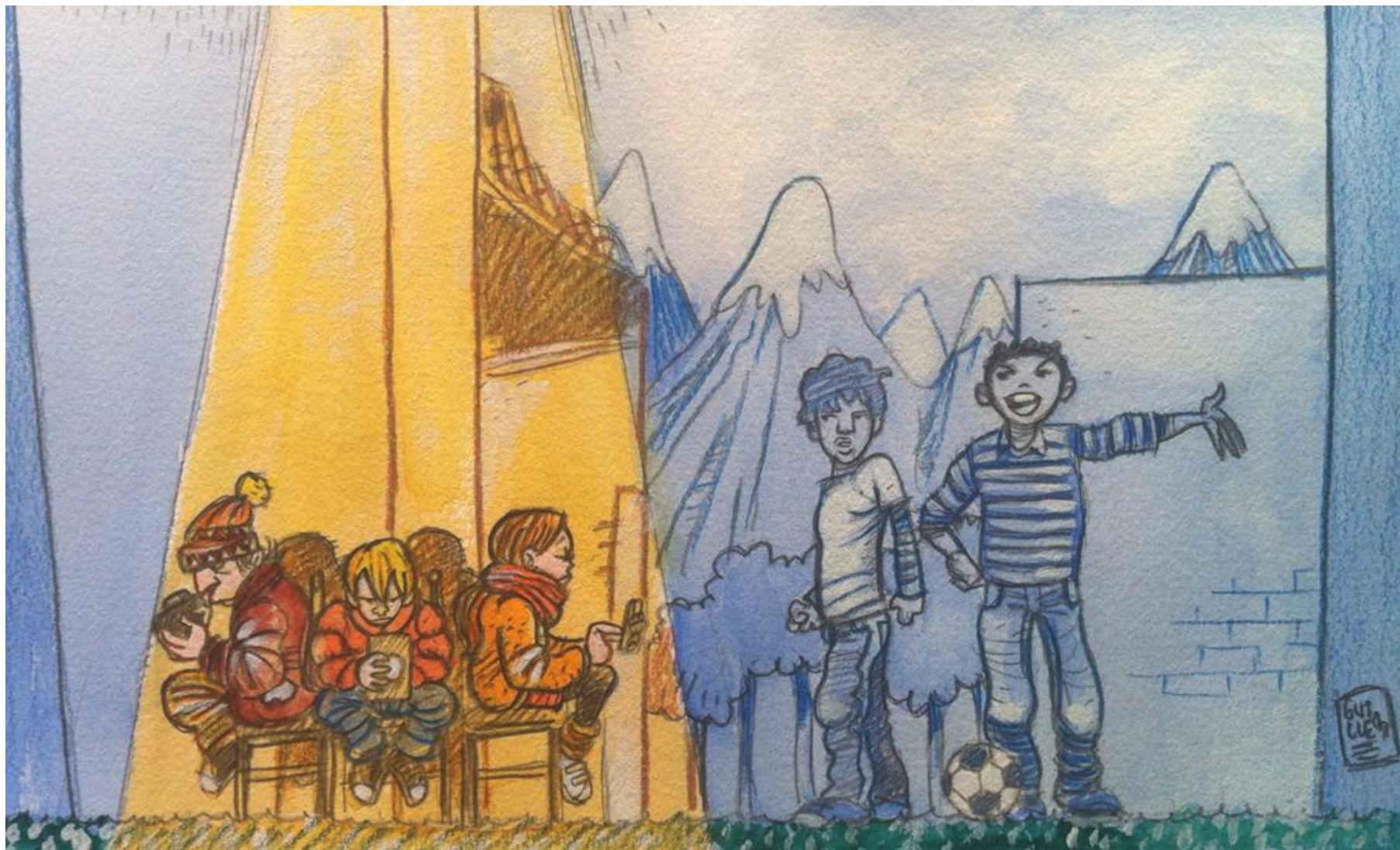
– El patio es para hacer deporte y jugar al aire libre. Para correr y desahogarse, y para acabar reventados de saltar y gritar –decían los de Liga con paciencia, sin levantar la voz e intentando controlar el enfado que les provocaba la situación.

– El patio es de todos –les abucheaban los de Flojo con impaciencia, que sólo pensaban en volver a fijar los ojos sobre las pantallas y seguir jugando–. Sólo en el centro del patio cae un rayo de sol y tenemos todo el derecho a estar allí, sentados en las sillas, sin pasar frío.

– Si os movierais en lugar de estar siempre sentados nunca tendríais frío. Además, haríais deporte, estaríais de buen humor, estaríais más sanos, el cerebro os funcionaría con más agilidad y tendríais mejor memoria. Se puede decir que aprenderíais más deprisa estudiando menos tiempo –explicaron los de Liga, con la serenidad y templanza que habían conseguido haciendo deporte.

– Nos encanta estar sentados y no pensamos salir del medio del patio. ¿Ha quedado claro? Y ahora largaos, que por culpa vuestra nos han matado a todos en la partida multijugador –respondieron furiosos los de la escuela Flojo, con caras de perro.

Llegó la crisis económica y los recortes, y sobre las dos escuelas de Ligaflojo recayó la amenaza de ser cerradas. Todos los niños y niñas deberían ir a estudiar a un pueblo lejano. Por la mañana deberían levantarse muy pronto y hacer muchos kilómetros cada día para ir a la escuela.



Algunos niños del pueblo decían que no era tan mala noticia porque se habría acabado el problema del patio. Pero aquel pueblo lejano estaba en lo alto de las montañas y hacía aún más frío. Tanto frío que quizá ni saldrían a jugar al patio. O quizás, incluso, no existiría ningún patio en el que jugar o sentarse, ya que estaría lleno de nieve y no se podría utilizar.

En Ligaflojo había muy mal ambiente por todo aquel asunto del cierre de las escuelas.

– No podemos quedarnos de brazos cruzados y que nos quiten la escuela sin luchar –decían las niñas y los niños de Liga. Sabían que juntos tenían una gran fortaleza para afrontar las dificultades y los problemas. Lo habían aprendido en los entrenamientos con los equipos de baloncesto y de fútbol de la escuela.

– No hay nada que hacer. Si quieren cerrar la escuela la cerrarán y punto. Hagamos lo que hagamos, los que mandan tirarán millas –comentaban resignados los de Flojo. Y volvían a fijar la mirada en las consolas portátiles, los móviles y las tabletas, cada uno aislado, encerrado en sí mismo, preocupado con su partida.

Pero el coraje, la perseverancia y la confianza en sí mismos, valores que los de la escuela Liga habían aprendido haciendo deporte, no les permitían quedarse paralizados ante las injusticias. Hicieron una asamblea y votaron todos a una luchar para salvar las escuelas de Ligaflojo. No sólo su escuela, sino las dos. Y si después de luchar, darlo todo y sacrificarse perdían las escuelas, lo aceptarían con humildad, pero también con dignidad y manteniendo la cabeza alta por haberse dejado la piel en el intento de salvarlas.

Los de la Liga fueron a buscar los de Flojo y les pidieron dialogar.

– Tenemos un problema muy grave y sólo si estamos juntos podremos resolverlo y ganar. Escuchad, tenemos un plan –explicaron los de Liga a los de Flojo.

- Habla deprisa, que no tenemos tiempo para luchas de poca monta –respondían los de Flojo, que no confiaban en la fuerza del trabajo en equipo.
- Queremos organizar la mejor liga de fútbol que nunca se haya celebrado aquí, en las tierras del Norte Supremo –dijeron los de Liga.
- ¿Jugar a fútbol para que no cierren las escuelas? ¡Qué idea tan ridícula! ¿Y contra quién vais a jugar? ¿Contra nosotros? Los de Flojo no hacemos deporte – aseveraron con los rostros gélidos.
- ¿Jugar Contra vosotros? No. Os machacaríamos –respondieron los de Liga con sarcasmo–. Queremos que nos ayudéis a organizarlo y que nos dejéis las sillas, para que la gente que venga de público pueda sentarse y ver los partidos cómodamente.
- Si se trata de eso, contad con los de Flojo y con sus sillas –respondieron.

Los portavoces de cada escuela firmaron el acuerdo con un apretón fortísimo de manos, y enseguida se pusieron a trabajar juntos para organizar la mejor liga de fútbol que nunca se había visto en las tierras del Norte Supremo.

No fue fácil convencer a los equipos de fútbol de todas las escuelas de todos los pueblos de aquellas montañas nevadas, pero lo consiguieron. Durante tres días, el patio de forma irregular del pueblo de Ligaflojo fue el campo de fútbol más importante y famoso del Norte Supremo.

Todos los equipos escolares acudieron a jugar más de treinta partidos. Los padres, las madres, y todos los familiares de todos los niños y niñas que jugaban llenaban las sillas y celebraban los goles con pasión y entusiasmo.

Toda la multitud también firmó el manifiesto que habían redactado los niños de las escuelas, que decía:

Exigimos a las autoridades competentes (si no quieren ser incompetentes) que dejen abiertas las dos escuelas de Ligafloja, porque ambas hacen falta. Exigimos también la construcción de otro patio para que se acaben las peleas entre los niños y niñas del pueblo. Tenemos derecho a convivir en paz y a jugar cada uno a lo que quiera.

Firmado por 3.856 personas que han venido a ver la liga que hemos organizado.

Toda aquella gente representaba casi la totalidad de los habitantes de los pueblos de las montañas. Fue una demostración de unión, de fuerza y de deportividad tan grande que las escuelas no cerraron. Además, se construyó otro patio, cuadrado y más grande que el primero, porque los de Liga y los de Floja pudieran disfrutar de la hora del patio sin enfadarse.

Pero, además, ocurrió algo mucho más importante y curioso después de celebrarse la liga de fútbol. Los niños y niñas de la escuela Flojo se habían contagiado de la pasión por el deporte al ver a toda aquella muchedumbre de niños y niñas de otros pueblos participando y jugando los partidos. Empezaron a interesarse por el deporte y a practicarlo. Se convirtieron en mejores estudiantes, rápidos y listos. Sin darse cuenta, se habían hecho amigos con los alumnos de la escuela Liga.



Todos juntos jugaban cada día en el patio de forma irregular y sin pensar ni un poco en el frío que hacía. El patio nuevo, cuadrado y moderno, quedó por estrenar durante mucho tiempo hasta que, cada dos años, se fue celebrando la liga de partidos de las tierras del Norte Supremo.

Se convirtió en la liga más famosa por su capacidad de integrar las ganas de jugar de todos los niños, con deportividad, nobleza, fortaleza y gran trabajo en equipo.

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.

Sant Joan de Déu 

HOSPITAL MATERNOINFANTIL - UNIVERSITAT DE BARCELONA